



Charles Spurgeon

Accidentes,
No Castigos



E LEJANDRIA



Charles Spurgeon

Accidentes,
No Castigos



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ACCIDENTES, NO CASTIGOS

CHARLES SPURGEON

PUBLICADO: 1816

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: SPURGEON, ACCIDENTS, NOT
PUNISHMENTS, 1861**

ACCIDENTES, NO CASTIGOS

Predicado el 8 de septiembre de 1861, en respuesta a dos desastres

que afectaron indirectamente al propio Spurgeon.

«En aquella misma ocasión, estaban presentes algunos que le contaron lo sucedido con los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios. Jesús les respondió: "¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque sufrieron tales cosas? Os digo que no; antes bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre quienes cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los demás hombres que habitaban en Jerusalén? Os digo que no; antes bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."» — Lucas 13:1-5.

El año 1861 quedará en la memoria como el año de las calamidades. Justo en aquella estación en que el hombre sale a recoger el fruto de sus labores, cuando la cosecha de la tierra está madura y los graneros comienzan a rebosar del nuevo trigo, también la Muerte, ese segador poderoso, ha salido a segar su propia cosecha; gavillas enteras han sido recogidas en su granero —la tumba—, y terribles han sido los lamentos que componen el himno fúnebre de la muerte. Al leer los periódicos durante estas últimas dos semanas, hasta el más impasible no ha podido evitar

sentimientos profundamente dolorosos. No solo ha habido catástrofes tan alarmantes que el recuerdo hiela la sangre, sino que columna tras columna se han consagrado a calamidades de horror menor que, sumadas, bastan para dejar atónita la mente ante la tremenda cantidad de muertes súbitas que en estos últimos tiempos han caído sobre los hijos de los hombres. No ha habido un solo incidente por día, sino dos o tres; no nos ha aturrido el estrépito alarmante de un único choque terrible, sino que uno tras otro, y otro más, se han sucedido como los mensajeros de Job, hasta que hemos necesitado la paciencia y la resignación de Job para escuchar el espantoso relato de los pesares.

Ahora bien, hermanos y hermanas: estas cosas siempre han ocurrido en todas las edades del mundo. No penséis que esto es algo nuevo; no soñéis, como hacen algunos, que es producto de una civilización exacerbada, o de ese moderno y portentoso descubrimiento que es el vapor. Aunque nunca se hubiera conocido la máquina de vapor, aunque jamás se hubiera tendido una vía de ferrocarril, habría habido muertes súbitas y accidentes terribles no obstante. Al repasar los viejos registros en que nuestros antepasados anotaban sus accidentes y calamidades, hallamos que la antigua diligencia ofrecía a la muerte una cosecha tan nutrida como el veloz tren; también entonces había puertas al Hades, tan numerosas como ahora, y caminos hacia la muerte igualmente escarpados y precipitosos, recorridos por una muchedumbre tan vasta como la de nuestro tiempo. ¿Lo dudáis? Permitidme remitiros al capítulo que tenéis delante. Recordad a aquellos dieciocho sobre quienes cayó la torre de Siloé. No fue ninguna colisión lo que los aplastó; no los destruyó el ingobernable caballo de hierro arrastrándolos desde un terraplén; sin embargo, una torre mal construida, o algún muro batido por la tempestad, pudo caer sobre dieciocho personas a la vez y hacerlas perecer. O algo peor aún: un gobernante déspota, que tenía las vidas de los hombres prendidas a su cinturón como las llaves de su palacio, podía irrumpir en el templo mismo sobre unos fieles en oración y mezclar su sangre con

la sangre de los toros que en ese mismo instante sacrificaban al Dios del cielo.

No penséis, pues, que esta es una época en que Dios nos trata con mayor dureza que antaño. No penséis que la providencia de Dios se ha vuelto más laxa que antes; siempre hubo muertes súbitas, y siempre las habrá. Siempre hubo épocas en que los lobos de la muerte cazaban en jaurías hambrientas y, probablemente, hasta el fin de esta dispensación, el último enemigo celebrará sus festividades periódicas y hartará a los gusanos con la carne de los hombres. No os dejéis abatir, pues, por ningún temor repentino, ni os turben estas calamidades. Seguid con vuestros quehaceres y, si vuestra labor os llama a cruzar el propio campo de la muerte, hacedlo, y hacedlo con valentía. Dios no ha soltado las riendas del mundo; no ha retirado la mano del timón del gran navío; todavía

"En todo lugar ejerce su dominio y todo sirve a su poder; cada uno de sus actos es pura bendición, su camino, luz sin mancha."

Solo aprended a confiar en Él, y no tendréis miedo del temor repentino; «vuestra alma morará tranquila, y vuestra descendencia heredará la tierra». Mas el tema particular de esta mañana es este: el uso que debemos hacer de esos terribles textos que Dios está escribiendo con letras mayúsculas en la historia del mundo. Dios ha hablado una vez, y aun dos; que no se diga que el hombre no presta atención. Hemos vislumbrado el poder de Dios; hemos contemplado algo de la facilidad con que puede destruir a nuestros semejantes. «Escuchemos la vara y a quien la envía», y al escucharla, hagamos dos cosas. Primero, guardémonos de la necedad de sacar la conclusión propia de personas supersticiosas e ignorantes —la conclusión que se insinúa en el texto—, a saber, que quienes así mueren en un accidente son pecadores por encima de todos los pecadores del país. Y segundo, saquemos la inferencia correcta y apropiada; hagamos un uso práctico de todos estos sucesos para nuestra propia mejora personal; escuchemos la voz del Salvador que dice: «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente».

I. GUARDÉMONOS DE SACAR LA CONCLUSIÓN PRECIPITADA DE QUE QUIENES SUFREN EN TERRIBLES ACCIDENTES SUFREN A CAUSA DE SUS PECADOS

Se ha afirmado con la mayor torpeza que quienes viajan el primer día de la semana y sufren un accidente deben considerar ese accidente como un juicio de Dios sobre ellos por haber violado el día de culto del cristiano. Ha llegado a decirse, incluso por parte de piadosos ministros, que la deplorable colisión reciente debe verse como una visita extraordinaria y notable de la ira de Dios sobre aquellas desdichadas personas que se hallaban en el túnel de Clayton. Pues bien, elevo mi solemne protesta contra tal inferencia, no en mi propio nombre, sino en el de aquel que es el Maestro y el Doctor del cristiano. Digo de los que fueron aplastados en aquel túnel: ¿pensáis que eran más pecadores que todos los demás? «Os digo que no; antes bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente». O aquellos que perecieron el pasado lunes, ¿pensáis que eran más pecadores que todos los pecadores de Londres? «Os digo que no; antes bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente».

Advertid que no negaría que a veces ha habido juicios de Dios sobre personas concretas a causa del pecado; en ocasiones —y creo que muy raras— tales cosas han ocurrido. Algunos de nosotros hemos conocido en nuestra propia experiencia casos de hombres

que blasfemaron contra Dios y lo desafiaron a que los destruyera, y que cayeron muertos de repente; y en tales casos, el castigo siguió tan de cerca a la blasfemia que no podía dejar de percibirse la mano de Dios en ello. El hombre había pedido deliberadamente el juicio de Dios, su oración fue escuchada y el juicio llegó. Y, sin duda alguna, hay lo que podríamos llamar juicios naturales. Veis a un hombre andrajoso, pobre, sin hogar; ha sido un libertino, un borracho, ha perdido su honra, y es el justo juicio de Dios sobre él que se muera de hambre y sea un paria entre los hombres. Veis en los hospitales especímenes repugnantes de hombres y mujeres con enfermedades asquerosas; Dios no permita que neguemos que en tal caso —siendo el castigo la consecuencia natural del pecado— hay un juicio de Dios sobre la licencia y las concupiscencias impías. Y lo mismo podría decirse en muchos casos en que el vínculo entre el pecado y el castigo es tan claro que hasta el más ciego puede discernir que Dios ha hecho de la Miseria la hija del Pecado.

Pero en los casos de accidente como el que menciono, y en los casos de muerte súbita e instantánea, repito que elevo mi seria protesta contra la idea necia y ridícula de que quienes así perecen son más pecadores que todos los pecadores que sobreviven ilesos. Permitidme razonar este asunto con los cristianos, pues hay algunos poco iluminados que se horrorizarán con lo que he dicho. Los que gustan de las tergiversaciones quizá lleguen a pensar que quiero disculpar el quebrantamiento del día de culto. Nada de eso. No atenúo el pecado; solo testimonio y declaro que los accidentes no deben verse como castigos por el pecado, pues el castigo no pertenece a este mundo sino al venidero.

A quienes se apresuran a ver toda calamidad como un juicio quiero dirigirme con la esperanza sincera de ponerlos en lo correcto. Empecemos pues, queridos hermanos: ¿no veis que lo que decís no es verdad? Y esa es la mejor razón para no decirlo. ¿No os enseña vuestra propia experiencia y observación que un mismo suceso ocurre tanto al justo como al impío? Es verdad que el hombre malvado a veces cae muerto en la calle; pero ¿acaso no ha caído muerto en el púlpito también algún ministro? Es verdad que una

barca de recreo, en la que los hombres buscaban su propio placer un domingo, se hundió de repente; pero ¿no es igualmente verdad que también se hundió un barco que no llevaba sino hombres piadosos, que iban en una excursión para predicar el evangelio? La providencia visible de Dios no hace acepción de personas; y una tormenta puede cernirse sobre el buque misionero «John Williams» con la misma facilidad que sobre una nave repleta de pecadores licenciosos.

¿No veis, pues, que la providencia de Dios ha sido, en sus tratos externos, más dura con los buenos que con los malos? Porque ¿acaso no dijo Pablo, al contemplar las miserias de los justos en su tiempo: «Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres»? La senda de la justicia ha conducido a menudo a los hombres al potro de tormento, a la prisión, a la horca, a la hoguera; mientras que el camino del pecado ha llevado con frecuencia a un hombre al imperio, al poder y a la alta estima entre sus semejantes. No es verdad que en este mundo Dios castigue a los hombres por sus pecados y los recompense por sus buenas obras. ¿Acaso no dijo David: «He visto al impío muy poderoso, extendiéndose como un árbol verde»? ¿Y no turbó esto al Salmista por un tiempo, hasta que entró en el santuario de Dios y entonces comprendió el fin de ellos?

Aunque vuestra fe os asegura que el resultado último de la providencia redundará solo en bien para el pueblo de Dios, vuestra vida, aunque sea solo una breve parte del drama divino de la historia, debe haberos enseñado que la providencia no discrimina externamente entre el justo y el impío; que el justo perece de repente lo mismo que el impío; que la plaga no distingue entre el pecador y el santo; y que la espada de la guerra es igualmente implacable con los hijos de Dios y con los hijos de Belial. Cuando Dios desata el azote, este mata de repente al inocente lo mismo que al perverso y al contumaz.

Ahora bien, hermanos: si vuestra idea de una providencia vengadora y retribuidora no es verdad, ¿por qué habláis como si lo

fuera? Y si no es correcta como norma general, ¿por qué habríais de suponerla verdadera en este caso concreto? Quitaos esa idea de la cabeza, porque el evangelio de Dios no os exige creer en una mentira.

Pero hay otra razón. La idea de que siempre que ocurre un accidente debemos verlo como un juicio de Dios convertiría la providencia de Dios, en lugar de ser un gran abismo, en un estrecho y ardiente charco. Cualquier niño podría entender la providencia de Dios si fuera verdad que cuando hay un accidente ferroviario es porque las personas viajaban en domingo. Podría tomar a cualquier niño pequeño de la clase más pequeña de la escuela dominical, y él diría: «Sí, lo entiendo». Pero si tal cosa fuera la providencia, si fuera una providencia comprensible, es evidente que no sería la idea bíblica de la providencia, pues en la Escritura se nos enseña siempre que la providencia de Dios es «un gran abismo»; e incluso Ezequiel, que tenía las alas de los querubines y podía volar muy alto, cuando vio las ruedas que representaban la gran imagen de la providencia de Dios, solo pudo exclamar que las ruedas eran tan altas que producían terror y estaban llenas de ojos, de modo que clamó: «¡Oh rueda!». Si —lo repito para dejarlo claro— si una calamidad fuera siempre la consecuencia de algún pecado, la providencia sería tan sencilla como que dos y dos son cuatro; sería una de las primeras lecciones que un niño pequeño podría aprender. Mas la Escritura nos enseña que la providencia es una gran profundidad en la que el intelecto humano puede nadar y bucear, pero que no puede hallar ni fondo ni orilla; y si vosotros y yo pretendemos descubrir las razones de la providencia y manejar a nuestro antojo las dispensaciones de Dios, solo demostramos nuestra necedad, mas no que hayamos empezado a comprender los caminos de Dios.

Mirad: suponed por un momento que se estuviera representando alguna gran función y que vosotros entraseis a la mitad y vierais a un actor en escena por un momento, y dijerais: «Sí, lo entiendo», ¡qué simpleza la vuestra! ¿No sabéis que las grandes transacciones de la providencia comenzaron hace casi seis mil años? Y vosotros habéis venido a este mundo por treinta o cuarenta años, habéis

visto a un actor en escena y decís que lo entendéis. ¡Bah! No lo entendéis; apenas habéis empezado a conocer. Solo Él conoce el fin desde el principio; solo Él comprende cuáles son los grandes resultados y la gran razón por la que el mundo fue creado y por la que permite que ocurran tanto el bien como el mal. No pretendáis conocer los caminos de Dios; es degradar la providencia y rebajar a Dios al nivel de los hombres cuando fingís comprender estas calamidades y descubrir los secretos designios de la sabiduría.

Pero además: ¿no percibís que tal idea fomentaría el farisaísmo? Esas personas que fueron aplastadas hasta morir, o escaldadas, o destruidas bajo las ruedas de los vagones, eran peores pecadoras que nosotros. Muy bien; entonces ¡qué buena gente debemos ser nosotros!, ¡qué excelentes ejemplos de virtud! Nosotros no hacemos tales cosas, y por eso Dios allana nuestro camino. Puesto que algunos de nosotros hemos viajado todos los días de la semana y nunca hemos sido destrozados en pedazos, podemos, bajo esta suposición, considerarnos entre los favoritos de la Divinidad. Y entonces, ¿no veis, hermanos, que nuestra seguridad sería un argumento para ser cristianos? ¿Que el haber viajado en ferrocarril sin accidente sería un argumento de que somos personas regeneradas? Sin embargo, jamás he leído en las Escrituras: «Sabemos que hemos pasado de muerte a vida porque hemos viajado de Londres a Brighton sanos y salvos dos veces al día». Jamás encontré un versículo que se pareciera a esto; y sin embargo, si fuera verdad que los peores pecadores sufren accidentes, se seguiría como consecuencia natural de tal proposición que quienes no sufren accidentes deben ser muy buenas personas; y qué ideas farisaicas engendraríamos y cultivaríamos así.

Pero no puedo alimentar tal necedad ni por un momento. Al contemplar por un instante los pobres cuerpos destrozados de quienes han sido así muertos repentinamente, mis ojos se llenan de lágrimas, mas mi corazón no se envanece ni mis labios acusan; lejos de mí el grito vanidoso: «¡Dios, te doy gracias porque no soy como estos hombres!». No, no, no: no es el espíritu de Cristo, ni el espíritu del cristianismo. Si bien podemos dar gracias a Dios por estar

preservados, también podemos decir: «Es por tu misericordia que no hayamos sido consumidos», y debemos atribuirlo a su gracia, y solo a su gracia. Mas no podemos suponer que hubiera en nosotros alguna bondad por la cual mereciéramos seguir vivos con la muerte tan cercana. Es solo porque Él ha tenido misericordia y ha sido muy longánime con nosotros —no queriendo que perezcamos, sino que lleguemos al arrepentimiento— por lo que nos ha preservado de descender a la tumba y nos ha mantenido con vida alejándonos de la muerte.

Y permitidme observar, además, que la suposición contra la que argumento con ahínco es muy cruel e inhumana. Pues si fuera cierto que todas las personas que mueren así de manera extraordinaria y terrible fueran mayores pecadoras que las demás, ¿no sería esto un golpe demoledor para los sobrevivientes que lloran, y no es indigno de nuestra parte dar cabida a tal idea a menos que seamos obligados por razones irrefutables a aceptarla como una espantosa verdad? Os desafío a que vayáis a susurrárselo al oído de la viuda. Id a su casa y decidle: «Tu marido era un pecador mayor que los demás hombres, y por eso murió». No tenéis brutalidad suficiente para eso. Un pequeño inocente, que nunca había pecado aunque sin duda heredero de la caída de Adán, es hallado aplastado entre los escombros del accidente. Pensad por un momento cuál sería la infame consecuencia de suponer que quienes perecieron eran peores que los demás. Tendríais que sostener que ese inocente infante era un pecador mayor que muchos de los que habitan en las guaridas del vicio y cuyas vidas están aún a salvo. ¿No veis que la cosa es radicalmente falsa?

Y quizá podría mostraros mejor la injusticia de tal suposición recordándoos que puede volverse algún día contra vuestra propia cabeza. Poned vuestro propio caso: si vosotros murieseis de muerte súbita de esa manera, ¿estáis dispuestos a ser condenados a la perdición por ello? Tal cosa puede suceder incluso en la casa de Dios. Permitidme recordar, con dolor para mí y para vosotros, lo que ocurrió una vez cuando nos reunimos; puedo decir con corazón limpio que nos reunimos con el único propósito de servir a nuestro

Dios, y el ministro no tenía otro fin al acudir a aquel lugar que el de reunir a muchos que de otro modo no habrían escuchado su voz; y sin embargo, hubo muertes como resultado de un esfuerzo santo (pues santo esfuerzo fue, y así lo reconocemos, y la sonrisa posterior de Dios lo ha confirmado). Hubo muertes, muertes entre la gente de Dios, y —iba a decir— me alegro de que fuera entre la gente de Dios antes que entre otros. Un pánico terrible se apoderó de la congregación, y huyeron; ¿no veis, pues, que si los accidentes deben verse como juicios, la conclusión lógica sería que pecábamos por estar allí? Una insinuación que nuestras conciencias repudian con desdén. Sin embargo, si esa lógica fuera válida, es tan válida contra nosotros como contra los demás; y puesto que rechazaríais con indignación la acusación de que alguno fue pisoteado o herido a causa del pecado de haber ido allí a adorar a Dios, lo que rechazáis para vosotros rechazadlo para los demás, y no os hagáis cómplices de la acusación que se lanza contra quienes murieron en estas últimas dos semanas, afirmando que perecieron a causa de algún gran pecado.

Aquí anticipo los clamores de personas prudentes y celosas que tiemblan por el arca de Dios y querrían tocarla con la mano de Uzá. «Pero», dice alguno, «no deberíamos hablar así, porque es una superstición muy útil, ya que habrá muchas personas a quienes el accidente disuadirá de viajar en domingo, y por eso deberíamos decirles que los que perecieron perecieron por viajar en domingo.» Hermanos: no diría una mentira para salvar un alma, y eso sería decir una mentira, pues no es un hecho. Haría todo lo posible por detener el trabajo y el pecado dominical, pero no forjaría una falsedad aunque fuera para ello. Podrían haber perecido un lunes igual que un domingo. Dios no otorga ninguna inmunidad especial en ningún día de la semana, y los accidentes pueden ocurrir tan bien en un momento como en otro; y es un piadoso fraude recurrir así a la superstición de los hombres para hacer capital para Cristo. El sacerdote romano católico podría utilizar coherentemente tal argumento, pero un cristiano honrado, que cree que la religión de Cristo puede cuidarse de sí misma sin que él diga mentiras, lo

desdeña. Esas personas no perecieron por viajar en domingo. Testigo de ello es el hecho de que otras perecieron el lunes en misión de misericordia.

No sé por qué ni para qué Dios permitió el accidente. Dios nos guarde de ofrecer nuestra propia razón cuando Dios no nos ha dado la suya; pero no se nos permite hacer de la superstición de los hombres un instrumento para el avance de la gloria de Dios. Ya sabéis que entre los protestantes hay mucho papismo. Me encuentro con personas que defienden el bautismo de infantes con el argumento: «Bueno, no hace ningún daño, tiene mucho buen significado, puede hacer bien, e incluso la confirmación puede ser de bendición para algunos, y por tanto no hablemos contra ello». A mí no me importa si la cosa hace daño o no; lo único que me importa es si es correcta, si es escritural, si es verdadera; y si la verdad causa daño —suposición que en modo alguno podemos admitir—, ese daño no recaerá sobre nuestra puerta. No tenemos que hacer otra cosa que hablar la verdad, aunque se hundan los cielos. Repito que todo avance del evangelio que se deba a la superstición de los hombres es un avance falso, y tarde o temprano se volverá contra quienes usan una arma tan profana. Tenemos una religión que apela al juicio y al sentido común del hombre, y cuando no podemos avanzar con eso, me avergüenzo de que recurramos a ningún otro medio. Y si hay alguna persona que endurece su corazón y dice: «Bien, estoy tan seguro un día como otro» —lo cual es completamente cierto—, debo decirle: «El pecado de hacer tal uso de una verdad recaerá sobre vuestra puerta, no sobre la mía; pero aunque pudiera preservaros de ese único pecado por algún tiempo presentándoos una hipótesis supersticiosa, no lo haría, porque aunque os pudiera apartar de ese pecado durante un tiempo, acabaríais siendo demasiado inteligentes para ser engañados por mí, y entonces llegaríais a verme como un sacerdote que había jugado con vuestros temores en lugar de apelar a vuestro juicio».

¡Ya es hora de que sepamos que nuestro cristianismo no es una cosa débil y temblorosa que apela a los pequeños temores supersticiosos de las mentes ignorantes y oscurecidas! Es algo viril,

amante de la luz y que no necesita fraudes santificados para su defensa. ¡Sí, crítico! Dirige tu linterna hacia nosotros y deja que deslumbre nuestros propios ojos; no tenemos miedo: la verdad es poderosa y puede prevalecer, y si no puede prevalecer a la luz del día, no tenemos deseo de que se ponga el sol para darle una oportunidad. Creo que mucha incredulidad ha surgido del muy natural deseo de algunos cristianos de aprovecharse de los errores comunes. «Oh», han dicho, «este error popular es muy bueno, mantiene a la gente en el buen camino; perpetuemos el equívoco, pues evidentemente hace bien». Y entonces, cuando el error ha sido descubierto, los incrédulos han dicho: «¡Veis! estos cristianos han sido pillados en sus trampas». No tengamos trampas, hermanos; no hablemos a los hombres como si fueran niños pequeños que pueden asustarse con cuentos de fantasmas y brujas.

El hecho es que este no es el tiempo de la retribución, y es peor que inútil que enseñemos que lo es. Y por último —y con esto dejo este punto—: ¿no percibís que la suposición no cristiana y no escritural de que cuando los hombres mueren repentinamente es consecuencia del pecado despoja al cristianismo de uno de sus más nobles argumentos a favor de la inmortalidad del alma? Hermanos: afirmamos a diario, con la Escritura como garantía, que Dios es justo; y puesto que es justo, debe castigar el pecado y recompensar al justo. Evidentemente, esto no lo hace en este mundo. Creo haber demostrado con claridad que en este mundo le ocurre lo mismo a ambos; que el justo es pobre igual que el malvado, y que muere repentinamente igual que el más desalmado. Muy bien: la inferencia es natural y clara: debe haber un mundo futuro en que estas cosas sean rectificadas. Si hay un Dios, debe ser justo; y si es justo, debe castigar el pecado; y puesto que no lo hace en este mundo, debe haber otro estado en que los hombres recibirán el justo pago de sus obras, y los que sembraron en la carne, de la carne segarán corrupción, mas los que sembraron en el Espíritu, del Espíritu segarán vida eterna. Haced de este mundo el lugar de la siega, y habréis quitado el aguijón al pecado. «Oh», dirá el pecador, «si los dolores que los hombres sufren aquí son todo el castigo que

tendrán, pecaremos con avidez». Decidles: «No; este no es el mundo del castigo, sino el mundo de la prueba; no es el tribunal de justicia, sino la tierra de la misericordia; no es la prisión del terror, sino la casa de la longanimidad»; y habréis abierto ante sus ojos las puertas del futuro; habréis puesto ante ellos el trono del juicio; les habréis recordado el "Venid, benditos" y el "Apartaos, malditos"; tendréis un fundamento más razonable, y no digamos más escritural, para apelar a sus conciencias y a sus corazones.

He hablado así con el propósito de acabar en lo que pueda con la idea demasiado corriente entre los impíos de que nosotros, como cristianos, consideramos toda calamidad un juicio. No lo hacemos; no creemos que aquellos dieciocho sobre quienes cayó la torre de Siloé fueran mayores pecadores que todos los pecadores que había en Jerusalén.

II. ¿QUÉ USO DEBEMOS HACER ENTONCES DE ESTA VOZ DE DIOS QUE SE ESCUCHA ENTRE LOS GRITOS Y GEMIDOS DE LOS MORIBUNDOS?

Dos usos: primero, la interrogación, y segundo, la advertencia. La primera pregunta que debemos hacernos a nosotros mismos es esta: «¿Por qué no podría sucederme a mí que muy pronto y de repente fuera yo cortado? ¿Tengo yo un arriendo de mi vida? ¿Tengo alguna custodia especial que me asegure que no moriré de repente? ¿He recibido una carta de longevidad? ¿Me han cubierto con una cota de malla tal que soy invulnerable a las flechas de la muerte? ¿Por qué no he de morir yo?» Y la siguiente pregunta que debería sugerirme es esta: «¿Acaso no soy tan gran pecador como los que murieron? ¿No hay en mí, incluso en mí, pecados contra el Señor mi Dios? Si en el pecado externo otros me han superado, ¿acaso no son malos los pensamientos de mi corazón? ¿No me maldice la misma ley que los maldice a ellos? Yo no me he mantenido en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas. Es tan imposible que yo sea salvo por mis obras como que ellos lo sean. ¿Acaso no estoy yo bajo la ley por naturaleza, igual que ellos, y por tanto no estoy también bajo la maldición?» Esa pregunta debería surgir. En lugar de pensar en sus pecados, lo cual me ensoberbecería, debo pensar en los míos propios, lo cual me humillará. En lugar de especular sobre su culpa, que no es asunto mío, debo volver mis ojos hacia adentro y pensar en mi propia transgresión, de la cual debo dar cuenta personalmente ante el Dios Altísimo.

Entonces la siguiente pregunta es: «¿Me he arrepentido de mi pecado? No necesito indagar si ellos lo han hecho; ¿lo he hecho yo? Puesto que estoy expuesto a la misma calamidad, ¿estoy preparado para afrontarla? ¿He sentido, por el poder convicto del Espíritu Santo, la oscuridad y la depravación de mi corazón? ¿He llegado a confesar ante Dios que merezco su ira, y que si su disgusto cae sobre mí será mi merecida recompensa? ¿Aborrezco el pecado? ¿He aprendido a abominarlo? ¿He sido llevado, por el Espíritu Santo, a apartarme de él como de un veneno mortal, y busco ahora honrar a Cristo mi Maestro? ¿Estoy lavado en su sangre? ¿Llevo su imagen? ¿Reflejo su carácter? ¿Busco vivir para su alabanza? Porque si no, estoy en tan gran peligro como ellos, y puedo ser cortado con igual repentinidad, y entonces ¿dónde estoy? No preguntaré dónde están ellos.»

Y luego, en lugar de escudriñar el destino futuro de esos desdichados hombres y mujeres, ¡cuánto mejor sería indagar nuestro propio destino y nuestra propia condición!

"¿Qué soy? Despierta, alma mía, y hazte una encuesta imparcial."

¿Estoy preparado para morir? Si ahora se abrieran las puertas del infierno, ¿entraré en ellas? Si ahora se abrieran de par en par bajo mis pies las enormes fauces de la muerte, ¿estoy preparado para caminar por en medio de ellas con confianza, sin temer ningún mal, porque Dios está conmigo? Este es el uso apropiado que debemos hacer de estos accidentes; esta es la manera más sabia de aplicar los juicios de Dios a nuestra propia persona y a nuestra propia condición.

Oh, señores: Dios ha hablado a cada hombre de Londres durante estas dos últimas semanas; me ha hablado a mí, os ha hablado a vosotros, hombres, mujeres y niños. La voz de Dios ha resonado desde el oscuro túnel, ha hablado desde el crepúsculo y desde la hoguera resplandeciente en torno a la cual yacían los cadáveres de hombres y mujeres, y os ha dicho: «Estad vosotros también preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá». Os ha hablado así, de tal manera que espero que os lleve a

preguntaros: «¿Estoy preparado? ¿Estoy listo? ¿Estoy dispuesto ahora a enfrentarme a mi Juez y escuchar la sentencia pronunciada sobre mi alma?».

Cuando lo hayamos usado así para la interrogación, permitidme recordaros que debemos usarlo también como advertencia. «Todos pereceréis igualmente.» «No», dice alguno, «no todos igualmente. No todos seremos aplastados; muchos de nosotros moriremos en la cama. No todos seremos quemados; muchos de nosotros cerraremos los ojos tranquilamente». Es cierto; pero el texto dice: «Todos pereceréis igualmente». Y permitidme recordaros que algunos de vosotros podéis perecer de la misma manera idéntica. No tenéis razón para creer que no podéis también ser cortados repentinamente mientras caminéis por las calles. Podéis caer muertos mientras coméis; ¡cuántos han perecido con el sustento de vida entre las manos! Estaréis en vuestro lecho, y vuestro lecho se convertirá de repente en vuestra tumba. Estaréis fuertes, robustos, sanos, llenos de salud, y ya sea por un accidente o por la detención de la circulación de vuestra sangre, seréis arrebatados repentinamente ante vuestro Dios. ¡Oh! Que la muerte súbita sea para vosotros gloria súbita.

Pero puede suceder que de la misma manera repentina en que otros han muerto, así muramos también nosotros. Hace poco en América, un hermano, mientras predicaba la Palabra, depuso a la vez su cuerpo y su cargo. Recordáis la muerte del Dr. Beaumont, que mientras proclamaba el evangelio de Cristo cerró sus ojos a la tierra. Y recuerdo la muerte de un ministro en este país, que acababa de entonar el versículo:

"Padre, anhelo, desfallezco por ver el lugar de tu morada; dejaría tus atrios terrestres y volaría a tu casa, Dios mío,"

cuando plugo a Dios concederle el deseo de su corazón, y apareció ante el Rey en su hermosura. ¿Acaso no puede sucedernos a vosotros y a mí una muerte súbita como aquella?

Pero es del todo cierto que, venga la muerte cuando venga, hay algunos aspectos en que nos llegará exactamente igual que a quienes han sido arrebatados tan recientemente. Primero, llegará con igual certeza. Ellos no pudieron, viajando todo lo deprisa que quisieran, escapar del perseguidor. No pudieron emprender viaje a donde fuera, lejos o hacia el hogar, escapar de la saeta cuando llegó su hora. Y así pereceremos también nosotros. Con igual seguridad, con igual certeza que la muerte ha puesto su sello sobre los cadáveres que aún no están cubiertos por el césped, así lo pondrá sobre nosotros (a no ser que el Señor venga antes), pues «está establecido para todos los hombres que mueran una sola vez, y después el juicio». No hay licencia en este caso; no hay escape para ningún individuo por ningún camino lateral; no hay puente sobre este río; no hay barco de pasaje por el cual podamos cruzar este Jordán a pie enjuto. A tus gélidas profundidades, oh río, cada uno de nosotros debe descender; en tu corriente fría ha de helarse nuestra sangre; ibajo tus espumosas olas ha de hundirse nuestra cabeza! Nosotros también hemos de morir sin duda. «Trillado», diréis, «y común», y la muerte es común; pero solo nos sucede una vez. Dios quiera que ese morir de una sola vez esté siempre en nuestras mentes, hasta que muramos a diario y no nos resulte difícil morir al final.

Bien; así como la muerte viene tanto a ellos como a nosotros con certeza, así vendrá tanto a ellos como a nosotros con máxima potencia e irresistiblemente. Cuando la muerte los sorprendió, ¿qué auxilio tenían? La casita de naipes de un niño no era más fácil de aplastar que esos pesados vagones. ¿Qué podían hacer para ayudarse mutuamente? Estaban sentados conversando el uno al lado del otro. Se escucha el grito, y antes de que pueda pronunciarse un segundo grito, están aplastados y destrozados. El marido puede intentar liberar a su esposa, pero pesadas vigas han cubierto su cuerpo; al final solo puede encontrar su pobre cabeza, y ella ha muerto, y él toma asiento a su lado y pone la mano sobre su frente hasta que se enfría como la piedra, y aunque ha visto cómo sacaban a uno y otro con los huesos rotos de entre la amasada

ruina, tiene que dejar allí su cuerpo. ¡Ay! Sus hijos han quedado sin madre, y él despojado de la compañera de su vida. No podían resistir; hicieran lo que hicieran, cuando llegó el momento, todo fue en vano, y la muerte o los huesos rotos fue el resultado. Así con vosotros y conmigo: sobornad al médico con los honorarios más cuantiosos, pero no podrá insuflaros sangre nueva en las venas; pagadle en masas de oro, pero no podrá hacer que el pulso dé otro latido. ¡Muerte, conquistadora irresistible de los hombres, nadie puede resistirte; tu palabra es ley, tu voluntad es destino! Así nos vendrá como les vino a ellos: vendrá con poder, y ninguno de nosotros puede resistirla.

Cuando les llegó, llegó de repente, sin tolerar dilación. Así nos llegará a nosotros también. Quizá tengamos más aviso que ellos, pero cuando haya sonado la hora no habrá manera de aplazarla. ¡Recoge tus pies en tu lecho, oh Patriarca, porque has de morir y no vivir! Da el último beso a tu esposa, tú, veterano soldado de la cruz. Pon las manos sobre la cabeza de tus hijos y dales la bendición de los moribundos, pues todas tus oraciones no pueden prolongar tu vida, ni todas tus lágrimas añadir una gota al manantial seco de tu existencia. Has de irte; el Maestro te llama, y no admite demora. No; aunque toda tu familia estuviera dispuesta a sacrificar sus vidas para comprarte tan solo una hora de respiro, no puede ser. Aunque una nación entera fuera un holocausto, un sacrificio voluntario, para dar a su soberano una semana más en su reinado, no puede ser. Aunque todo el rebaño consintiera voluntariamente en descender a los oscuros sótanos de la tumba para que la vida de su pastor se conservara tan solo un año más, no puede ser. La muerte no admite dilación; el tiempo se ha cumplido, el reloj ha sonado, la arena se ha agotado; y tan ciertamente como ellos murieron cuando llegó su hora, en el campo por accidente repentino, así también nosotros.

Y recordemos, además, que la muerte nos llegará como les llegó a ellos: con terrores. No con el estrépito de las maderas rotas, quizás; no con la oscuridad del túnel; no con el humo y el vapor; no con los gritos de las mujeres y los gemidos de los moribundos; pero sí con terrores. Pues encontremos a la muerte donde la encontremos, si no

estamos en Cristo, y si el cayado y el báculo del Pastor no nos consuelan, morir ha de ser cosa espantosa y tremenda. Sí, en tu cuerpo, oh pecador, con blandas almohadas bajo la cabeza, y el brazo tierno de una esposa que te sostiene, y una mano delicada que te enjuga el frío sudor, encontrarás que es obra espantosa enfrentarte al monstruo y sentir su aguijón y entrar en su temido dominio. Es obra espantosa en todo tiempo y en todo momento, bajo las mejores y más propicias circunstancias, que un hombre muera sin estar preparado.

Y ahora quisiera que os fuerais con este único pensamiento grabado en la memoria: somos criaturas mortales, no inmortales, y pronto habremos partido. Quizás, mientras aquí me mantengo de pie y hablo torpemente de estas cosas misteriosas, pronto se extenderá esta mano y enmudecerá la boca que balbucea este precario canto. ¡Poder supremo, oh Rey eterno! Ven cuando quieras; oh, que nunca me sorprendas en una hora mal empleada, sino que me encuentres envuelto en alta meditación, cantando himnos a mi gran Creador; haciendo obras de misericordia para los pobres y necesitados, o llevando en mis brazos a los pobres y cansados del rebaño, o consolando a los desconsolados, o haciendo sonar la trompeta del evangelio en los oídos de las almas sordas y que perecen. Entonces ven cuando quieras; si tú estás conmigo en la vida, no temeré encontrarte en la muerte. Mas ¡oh!, que mi alma esté lista con su vestido de boda, con su lámpara preparada y su luz ardiendo, lista para ver a su Señor y entrar en el gozo de su Señor.

Almas: conocéis el camino de la salvación; lo habéis oído muchas veces; escuchadlo una vez más. «El que cree en el Señor Jesús tiene vida eterna.» «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.» «Cree en tu corazón y confíesalo con tu boca.» Que el Espíritu Santo conceda la gracia de hacer ambas cosas; y hecho esto, podréis decir:

"¡Ven, muerte, y alguna banda celestial, a llevar mi alma!"

— Fin —

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB